

José Ángel Mañas, *La última juerga*, Sevilla, Algaida Editores, 2019, 392 págs., edición digital (Kindle).¹

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.XXXIV-XXXVIII>

Hace veintiséis años, en 1994, José Ángel Mañas dejaba las historias de Carlos, el veinteañero protagonista de *Historias del Kronen* —novela finalista al Premio Nadal (Destino, Barcelona), ópera prima, caso mediático y portavoz de una suerte de realismo sucio generacional—, fluctuantes en una simbólica oscuridad, como ya las palabras silenciadas de sus amigos, representadas mediante paréntesis vacíos “()” en el clímax de tal primera *novela punk* (como la definió Mañas) frente a su asesinato del personaje de Fierro. Una oscuridad interpretativa que hizo desaparecer a Carlos frente al lector, perdido en su rutina ataráxica, en la canción *Giant* (The The), abandonando las sucesivas entregas *Kronen: Mensaka* (1995), *Ciudad Rayada* (1998), *Sonko95* (1999).

Un hueco que Mañas colmó mediante su propia máscara autoficticia, implicándose, protagonista o personaje secundario, para transmitir humanidad, empatía al público en aquella que debía ser una tetralogía punk. Una tetralogía ampliada con *La pella* (2008) y que desde noviembre de 2019 conoce una sexta entrega, la definitiva: *La última juerga*.

Carlos reaparece. Recupera su rol de protagonista en una novela publicada por Algaida y ganadora del 51º Premio de Novela Ateneo de Sevilla 2019, una amarga reflexión moral sobre la vida en el instante inmediatamente anterior a la muerte. Un instante largo simbólicamente: los veinticinco años que separan la *juerga* de las *historias*. Veinticinco años de desafíos a la muerte misma y que se concretan ahora en su último viaje literario. Un viaje en primera persona, pero activamente dibujado por un Mañas *dulcemente* envenenado contra su creación.

Una máscara autorial implicada que vuelca los planos de ficción y realidad para demostrar el sentimiento de odio/amor del autor real frente al mundo *Kronen*; el sentimiento de poder ser el responsable de la muerte de su personaje más famoso, para, paradójicamente, dignificarlo, hacerle conquistar

¹ La novela ha sido publicada por Algaida Editores en noviembre 2019 en una versión encuadernada con tapa dura de 392 páginas y en diferentes formatos digitales. Reseñamos la versión Kindle del texto. Las citas textuales hacen referencias a posiciones digitales y no a páginas impresas.

rasgos humanos, acompañándolo hacia una muerte lejana de la espectacularidad deseada. Una muerte que Mañas presagia en el “Prólogo inevitable”, precedido, como en *Historias del Kronen*, por los The The, un trozo de *The Beaten Generation*: la generación derrotada, la de Carlos, la del autor: la X. Un prólogo donde Mañas, su máscara literaria, dialoga con su némesis, su obsesión: “Tu personaje me tiene obsesionado [...] ardo en ganas de volver a oír tu voz” (78).

Una voz que irrumpirá en el texto a partir del capítulo primero intentando librarse de Mañas mismo, ridiculizándolo: “El que tengo delante se llama José Ángel Mañas. Es una antigua gloria que se hizo famoso hace un par de décadas escribiendo no sé muy bien qué” (312). Un Mañas al cual llega a destruir la identidad, destruyendo su tarjeta para esnifar cocaína: “Cojo un trozo de una tarjeta que me ha dejado Mañas y hago un turulo con ella. —Ten cuidado, que has arrancado justo el teléfono. Te quedas sin las coordenadas. —[...] no le pienso llamar. Es un gilipollas” (408). Carlos se esnifa a Mañas y sin saberlo, metafóricamente, lo engloba en sí, asumiendo características casi tridimensionales, humanas, desconocidas, sufriendo desde el interior tal mencionada dulce revancha. Carlos sigue siendo dotado de una maldad intrínseca que le hace cumplir acciones horribles, pero, aunque odie la normalidad, el ser dotado de alma, ahora es también capaz de probar sentimientos positivos hacia los demás, especialmente por Ángela, su exnovia.

Sin embargo, su característica más humana reside en el hecho de tener por vez primera en su vida literaria miedo a la muerte. Una muerte que, como su simbólica humanización, quiere exorcizar hundiéndose en un último viaje contracorriente. El viaje de un individuo que, como los seres humanos, tiene un pasado, una madurez que antes no podía tener, explicitándose en una novela que, a diferencia de *Historias del Kronen* (1994), tiene una estructura fuertemente estudiada, matemática.

Una novela que, encuadrada por el mencionado “Prólogo inevitable” y por un epílogo: “Somos todos una gran camada de cachorros felices...”, donde reaparecerá Mañas, es narrada por Carlos en todas las otras tres partes que la componen: “Un reencuentro tóxico”, subdivida en cinco capítulos: “Sobre hospitales y cánceres”, “Luxury Films for ever”, “Dos viejos amigos”, “El polígono Marconi”, “Voyage, voyage”. Una segunda parte: “Viaje a ninguna parte partida” en siete capítulos: “Un martes cualquiera”, “Ruinas de Medellín”, “Un mono puñetero”, “Breve chirigotada”, “Punta Umbría”, “Resacón en Huelva”, “Quien tiene miedo da miedo”; y una tercera parte: “Un nuevo fan de Óscar Pistorius” que consta de tres capítulos “Hola,

Chaval”, “Hermanos”, “Humor negro”. En todas las partes del texto, epílogo incluido, los capítulos son fragmentados en un número variable de subcapítulos sin títulos, numerados. Destaca cómo cada subcapítulo final tiene forma de un aforismo o sentencia: la mirada sarcástica y destructiva de Carlos.

De todas formas, en medio de tal estructura, la simulación hiperrealista del mundo real en *La última juerga* sigue con la acostumbrada búsqueda *Kronen* de expresividad hecha por palabras desnudas, para describir un contexto percibido como decadente mediante su habla concreta, real.

Carlos pronuncia tacos, neologismos, palabras extranjeras españolizadas, pero ahora su creatividad lingüística no parece querer quedarse en la superficie, haciendo en cambio de corolario a profundas reflexiones sobre la vida que hurguen en el alma de un personaje que descubrimos hombre y no simple holograma mediático.

La última juerga materializa una trama casi banal, oscurecida por los personajes, sus diálogos escénicos, por las susodichas palabras *ruidosas*, sin filtros de Carlos, ahora agente de derechos audiovisuales de éxito y heroinómano que acaba de descubrir ser enfermo terminal: cáncer de pulmón con metástasis óseas, la diagnosis. Decidiendo no someterse a la terapia oncológica, debilitado por tal enfermedad, víctima de la odiada compasión humana, intenta vivir su última aventura, una juerga en equilibrio entre la diversión extrema y la fuga trágica de la realidad. Carlos trae consigo a uno de sus amigos *Kronen*, Pedro, el más conservador, que dejará su familia para enamorarse de la prostituta Simona, mientras son perseguidos por Vasile, criminal y padre del hijo de Simona, Nicu.

Una persecución, con la copa mundial de fútbol 2018 como fondo, que los lleva lejos de Madrid, hacia Sevilla, pasando por una España histórica que recuerda a los conquistadores y que se hunde en la actualidad por las continuas intromisiones del mundo real. La huida/juerga concluye con un terrible incidente de coche. Carlos, después del coma, vuelve a la vida sin piernas.

Postrado en una cama del hospital, antes de morir, es visitado por familiares y amigos que le descargan encima un remolino de frustraciones personales, ataques directos a su ser, considerándolo un egoísta. Una suerte de múltiple monólogo que roza el soliloquio y que desnuda ulteriormente a Carlos, quien, bajo el efecto de la morfina, no puede responder activamente durante dos capítulos, el decimotercero y el decimocuarto. El silencio que habitaba entre los paréntesis vacíos del mencionado clímax narrativo de sus *Historias* es sustituido por los ríos de palabras del personaje de turno. Paréntesis vacíos que entonces se vuelcan en: “...”, los meros e inermes

pensamientos de Carlos. Él dejará de ser un espejo silencioso en el decimoquinto capítulo, donde expresará su intención de no seguir viviendo.

La muerte lo cogerá en el epílogo. Una muerte *normal* sin despertarse de su último sueño, como un ser humano *banal*, al que, sin embargo, intentará otra vez escapar, a su manera, para una ulterior última juerga que le concederá la máscara autorial. Una última rebelión, un gesto *Kronen*, de dandi, de “ácrata civilizado” (2915) como si Carlos hasta el final pudiera seguir gritando: “—No voy a morir... No voy a morir nunca” (1943).

Un grito que no cubrirá la voz de Mañas que hasta tal epílogo parecía ocultada por Carlos, por sus diálogos con Pedro, nubes tóxicas de intolerancias donde su punto de vista cáustico nunca abandona el nihilismo.

Una voz, la de Mañas, que, en realidad, siendo simbólicamente englobada en el cuerpo de Carlos tiene la oportunidad de insertarse implícitamente de forma recurrente en toda la novela, mucho antes del epílogo, y precisamente en las varias digresiones que a lo largo del texto se mezclan a las hazañas de los protagonistas. Digresiones que difieren del registro lingüístico utilizado por Carlos, registro que se hace ensayístico — simulacro del registro utilizado en *La literatura explicada a los Asnos* (2012) y *Un escritor en la era de internet* (2017), ensayos escritos por el autor real— como si Mañas hablase en su lugar, cuando le cueste más respirar, le duela el tórax o vomite sangre. Digresiones que abordan temas variados: ser escritor en el siglo de la información, la globalización, el *procés* catalán, la nostalgia de los noventa, etc.

La voz del Mañas literario, asimismo, en esta juerga/salida oficial de los noventa *Kronen*, se ve guiada por trozos de poemas, canciones, novelas, ensayos, entrevistas de autores españoles e internacionales, epígrafes a cada una de las partes que componen el texto. Citas de, entre otros, Céline, Baroja, Etxebarria, Loriga, Wolfe, Nirvana, Burroughs.

En el epílogo entonces tomará oficialmente posesión de la novela y dialogará a distancia con un Carlos recién muerto, una narración que simula una suerte de montaje alternado cinematográfico donde a la descripción de la ceremonia fúnebre se sobrepone la del desfile de moda al cual acude Ángela, la exnovia de Carlos. Una yuxtaposición entre moda y muerte que parece querer superficialmente explicitar una crítica a la frialdad de la imagen dominante en la construcción de la identidad de los personajes *Kronen*, mientras a un nivel más profundo se conecta con la voluntad de Carlos de diferenciarse, de ser un dandi extremo, una obra de arte glamour.

En los vientres de esta fría doble representación *moda y muerte* sin olor, artística, durante el desfile y el camino al cementerio de los escritores, actores

reales que quieren dar el último adiós a Carlos, coge vida la verdadera última juerga del libro que Mañas concede a su personaje literario. Los viejos amigos de Carlos se reunirán con las cenizas del difunto en un restaurante japonés, el antiguo *Kronen*, para satisfacer sus últimos deseos.

Ellos esnifarán parte de sus cenizas con cocaína, antes de esparcir la parte restante en la *Emetreinta*, la autopista madrileña símbolo de las primeras *nobelas Kronen*. El grupo, esnifando a Carlos, lo incluye definitivamente en su alma, incluyendo, además, simbólicamente a la máscara autorial implicada en la obra. Ellos esnifan a Carlos y Mañas como si no quisieran librarse de un hechizo que dura veinticinco años. Y así, a su vez, humanizados, intentarán volver a una normalidad quizás imposible, según precisamente la moral de Carlos que insta a no perder nunca el estilo *Kronen* hasta el final, dado que la novela se cierra con el aforismo: “La moda pasa, el estilo permanece” (3383). Aforismo que fluye en *The Beaten Generation* (The The), el último aliento del mundo *Kronen*, el cierre a un complejo espacio literario.

Un cierre necesario para Mañas, autor y personaje literario, para Carlos, ahora humano casi como el lector. Un cierre necesario dado que, como cantan los The The, no tiene sentido continuar: “When you’ve nowhere left to run” (3384), no tiene sentido seguir, para Mañas, con el “divertirse con su muerte, mientras la fabricas” (91), como le sugiere el Céline citado en la novela. *La última juerga*, en definitiva, humanizando a Carlos, haciéndolo morir, cierra, necesariamente, con su fachada de antiliteratura *Kronen*, un autorretrato desgarrado y ficticio de la vida real largo casi tres décadas, un autorretrato literario: vida real encubierta.

MATTEO LOBINA
DÍKĒ Foundation
matteo.lobina@tiscali.it